



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2004

EDICION 31

## ESTRUCTURA Y MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD VOCACIONAL -Universidad y Política-

Profr. Dr. Phil. Dr. Jur. Agustín Basave Fernández Del Valle  
Director del Centro de Estudios Humanísticos  
Universidad Autónoma de Nuevo León

Sumario: *Introducción, 1. Desideratum de la universidad; 2. Escuelas, universidades y academias; 3. Lo que se enseña y lo que no se enseña; 4. Universidad y política; 5. Investigación y docencia 6. Niveles; 7. La masificación; 8. ¿Universidad o pluriversidad?; 9. Bases para la reforma universitaria; 10. Universidad y sociedad; 11. Estructura y misión de la universidad abierta; 12. Significación y sentido de la educación permanente; 13. Planeación y administración del sistema universitario; 14. Universidad prospectiva; 15. La universidad contemporánea a la búsqueda de ella misma; 16. La investigación en un mundo que cambia aceleradamente.*

¿Qué es la universidad? ¿Cuáles son sus elementos esenciales? ¿Qué tipo de entidad le corresponde? ¿Dónde encontrarla ubicada dentro de la *habiencia*; esto es dentro de todo cuanto hay en el ámbito finito?

La universidad no es un ser sensible –inorgánico u orgánico– por más que sus edificios, alumnos y cuerpo de profesores sean entes captables por los sentidos; ni un ser psíquico, aunque su realidad motive fenómenos psicológicos: pensamientos, emociones, recuerdos, voliciones; ni un ser ideal o de pura razón, como el número o la figura geométrica; sino un ente de cultura. Pero un ente de cultura que tiene esto de particular: Por una parte, transmite y forja la cultura; por otra

parte, la cultura le sirve de apoyo. Hay un residuo de esfuerzo humano anterior, que es base de substanciación ineludible para conservar las relaciones socio-culturales existentes.

Cultura es objetivación del espíritu. Espíritu es lo específicamente humano del hombre, lo que produce el lenguaje, el arte, la moralidad, el Derecho, etc. Como protagonista de la cultura, el hombre la crea y la vive. Pero los entes culturales no son estáticos, sino que cambian y se modifican participando en la naturaleza ineludible del hombre. Como específicamente humana que es, la cultura es el mundo propio del hombre, su ambiente más cálido y cercano.

Desarraigada de allí donde el ser humano tiene sus raíces, la cultura es un vano fetiche que termina por disolverse en la nada. Baste, por ahora, este apuntamiento preliminar. Quede para después una más extensa dilucidación del concepto cultura en su sentido objetivo y subjetivo.

### 1. *Desideratum* de la universidad

Pero, ¿qué es, en definitiva, la universidad? Permítasenos proponer esta definición: *La universidad es la institución de estudiantes y profesores que, por la investigación y la docencia, se ordena a la contemplación de la verdad, a la unidad orgánica del conocimiento, al cumplimiento de las vocaciones personales y a la preparación de profesionales necesarios para la realización del bien común.*

Decir universidad es decir universalidad. Cultivar las inteligencias para que estén en condiciones de comprender todo, es uno de los principales fines de la universidad. Es preciso poner el énfasis en el hombre. Ni la ciencia, ni la sociedad pueden ser el objeto primordial de la universidad. Si el hombre tiene una inteligencia para conocer, es natural que se difunda la ciencia. Pero, como las facultades humanas son —en un sentido análogo con respecto al Creador— creadoras, se explica el progreso de la ciencia mediante la investigación. No basta, sin embargo, cultivar la inteligencia. El ser humano no es inteligencia pura, sino también voluntad. El hombre tiende a la verdad como al bien. Se requiere, en consecuencia, formar buenas voluntades. Y como la sociedad es imprescindible para el hombre —aunque el hombre no sea para la sociedad, sino la sociedad al hombre— la universidad debe tener trascendencia social.

La universidad existe, fundamentalmente, para promover el desarrollo de los estudiantes, como seres humanos, hasta su máxima posibilidad. Cada hombre tiene, dentro de sus limitaciones, un conjunto de excelencias, una porción de dones. La universidad debe ayudarle a hacer el mejor uso posible de esos dones.

La finalidad de la educación no es conocer cada vez más detalles acerca del mundo, sino comprender el mundo, y comprendernos a nosotros mismos en él. La tendencia a la hiperespecialización sin un *studium generale* es antiuniversitaria.

Hasta ahora se ha venido pensando en la universalidad de los conocimientos universitarios. Sin mengua de tan alta finalidad, es preciso dar un paso más y proclamar la universalidad en el ejercicio de las facultades del hombre. Yo no concibo una universidad auténtica, sino como instrumento de cultura para el hombre. “universidad —expresa Augusto J. Durelli— es la comunidad a la que pertenecen todos los que se ocupan del cultivo del hombre: Desde el Rector hasta el ayudante de trabajos prácticos, desde el egresado de la primera promoción hasta el último egresado de la última”<sup>1</sup>. El Congreso Internacional de Enseñanza Superior (París;1909) pasó por alto la más importante misión de la universidad. Se habló entonces de una triple misión: 1° una misión científica: la Investigación desinteresada y el progreso de la ciencia; 2° una misión profesional; 3° una misión de vulgarización y de formación del espíritu público. Pero nada se dijo de la universidad personalista, de la universidad vocacional.

Elucidación académica superior de las vocaciones con sentido comunitario; difusión y creación de conocimientos; enseñanza de las técnicas, cultura, educación de la voluntad, preparación para la vida, función social; todo esto debe combinarse armónicamente en el espíritu universitario.

Sólo sobre el concepto de unidad orgánica de la cultura, sin perjuicio —claro está— de la autonomía científica y administrativa de las facultades, se puede dar un verdadero espíritu universitario. Urge desterrar, hasta donde sea posible, el profesionalismo. La universidad debe primeramente formar hombres mediante la educación superior, brindar cultura y sólo secundariamente debe enseñar profesiones. Encasillar al hombre en una profesión equivale a encerrarlo en un cuarto,

<sup>1</sup> DURELLI, Augusto. J. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Tercera Época, año IV, p. 15.

en donde a la postre se asfixiará. Cualquier especialismo impartido con carácter cerrado le viene estrecho al yo vital. Las disciplinas humanas deben agruparse en forma arquitectónica y conforme a una jerarquía interna y cualitativa.

## 2. Escuelas, universidades y academias

Hace ciento ochenta años, aproximadamente, Schleiermacher distinguía tres niveles en la comunicación social del saber: la escuela, la universidad y la academia.

La escuela es una institución donde se enseña ciencia hecha en otra parte; en ella se enseña en explicación apretada y dogmática los buenos libros de texto y no se investiga.

La academia es una institución científica en la que los hombres de ciencia se congregan para la mutua comunicación y el mutuo comentario de sus hallazgos.

La universidad es la institución que enseña e investiga. Su enseñanza superior se mueve dentro del saber verdaderamente actual, problemático y creador.

## 3. Lo que se enseña y lo que no se enseña

El saber científico, cualquiera que sea su materia —matemáticas, biología o derecho penal— debe tener un “sentido” y una “significación” en la vida del hombre que universitariamente lo posea. Hay aquí, en la mayoría de las universidades contemporáneas, un déficit de radicalidad.

Falta, también, una educación para la libertad: suscitación y cultivo de los hábitos por los cuales es posible una convivencia pacífica entre discrepantes. Hay déficit de diversidad, de orientaciones actuales.

Decíamos que es preciso poner el énfasis en el hombre. Pero como el hombre es su vocación, la universidad debe tener una estructura vocacional. Sé de sobra que hasta ahora vivimos bajo el imperio de una universidad profesional. Pero me parece que en el futuro próximo —si las cosas marchan bien— el centro de gravedad de la enseñanza universitaria se desplazará desde la formación de profesionales y especialistas a la formación superior de hombres, a la clarificación e impulso de las vocaciones. No quiero decir que la tarea profesional de la universidad tenga que desaparecer. En buena hora que se enseñen profesiones y que

se enseñen de la mejor manera. Pero estas profesiones deben adecuarse a las vocaciones personales. Y una vocación personal es más, muchísimo más, que una profesión.

Toda auténtica universidad aspira a integrar, en la unidad de la visión sapiencial, la investigación y la enseñanza superior de la verdad en todos sus aspectos particulares. Quienes pretenden someter la tarea universitaria a la tarea política, desconocen la esencia de la universidad, como organización de la cultura, y deforman su fin: la búsqueda y sometimiento a la verdad, no al gobernante de turno —que merece, desde luego, todo respeto—, elegido por el pueblo para apoyar y fomentar el desarrollo universitario, nunca para sojuzgarlo totalitariamente. Desde las raíces más puras de la libertad, brota la exigencia de verdad total, proyectándose hacia una integración plenaria de la existencia del hombre. Para satisfacer este anhelo, es preciso que exista una institución superior de la cultura: la universidad.

## 4. Universidad y política

A la universidad le compete la ciencia política, pero no la actividad política. El arte político no corresponde a la universidad como corporación, ni a sus miembros en cuanto miembros de la comunidad académica. Naturalmente que los universitarios mayores de edad, en cuanto ciudadanos de un Estado, tienen que cumplir —como cualquier otro ciudadano— con sus deberes cívicos. Existe la necesidad de contar con un tipo de hombre político universitario.

No queremos preconizar la “universidad enclaustrada” dentro de su ciencia. Mucho menos deseáramos la “universidad militante” que lleva a su seno los conflictos y pasiones de la plazuela. Hay una forma en que la universidad, abierta a los problemas de su tiempo, participa de las inquietudes sociales, aceptándolas como un tema riguroso de su consideración científica. Éste es el caso de la “universidad partícipe”, de la universidad abierta a los problemas de la época, pero que no confunde su tarea y su temática con la politiquería de facción.

## 5. Investigación y docencia

Investigación y docencia son inescindibles. Quienes ponen en el núcleo esencial de la universidad la docencia, olvidándose de la investigación, propician la rutina, el automatismo y el anquilosamiento de la cultura. Quienes sitúan la investigación en el centro y la docencia en los aledaños de la universidad, fomentan la dislocación y la destrucción de la vida universitaria. Gracias a la investigación, la universidad se renueva constantemente, se mantiene viva más allá de las soluciones cómodas y amuralladas.

Es la eterna búsqueda de la actividad creadora del hombre que no reposa definitivamente en ningún resultado cultural. "Busquemos, decía San Agustín, como quienes van a encontrar, y encontraremos como quienes aún han de buscar, pues cuando el hombre ha terminado algo, entonces es cuando empieza" (*De Trinitate*, IX, c. 1).

El espíritu humano está siempre más allá de sus obras. Rutina y dogmatismo son dos escollos que se pueden evitar por la investigación. La enseñanza, que pretende estar a la altura de nuestro tiempo, es una prolongación de la tarea investigadora. Es preciso forjar un ambiente espiritual vivaz e incitante, para que la virtual personalidad del educando se desenvuelva dentro de la máxima objetividad, dentro de la más franca libertad académica, dentro de las mejores responsabilidades culturales y profesionales.

Trátase de buscar la conexión de todo con todo, de no confinar la verdad en ciencia alguna, de articular las facultades en la unidad de la cultura, de poner en movimiento fecundo las tensiones, de hacer de la universidad la conciencia más lúcida de nuestro tiempo.

## 6. Niveles

Hay un primer nivel de asignaturas indispensables para ejercer con decoro técnico y moral una profesión.

El segundo nivel exige una enseñanza de problemas. Y por lo tanto, de ignorancias. Se trata ya no de asignaturas, sino de cursos monográficos de seminarios. Trátase del saber no poseído y posible. Hasta ahora nos hallamos, en América Latina, por lo menos, en la fase de la *universidad en transformación*, en un nivel profesional de la enseñanza. Pero vamos hacia una *universidad de fase dinámica*. Investigación y docencia en indisoluble simbiosis.

## 7. La masificación

La muchedumbre de alumnos no constituye una suma de individualidades personales, sino una muchedumbre homogénea. La enseñanza ha quedado uniformada al nivel de la masa.

La profesionalización exclusiva y primaria es un grave peligro de la universidad contemporánea.

La indotación y la presión de ciertos hábitos sociales son otras lacras. Vivimos bajo el nefasto modelo de la universidad napoleónica. Un puñado disperso de escuelas, con lenguajes diversos, sin articulación alguna no es, no puede ser, una auténtica universidad.

## 8. ¿Universidad o pluriversidad?

La fragmentación de la sociedad contemporánea se refleja en la disgregación de la universidad.

La universidad existe y se justifica en la medida que ayude al cumplimiento de las vocaciones personales. Dentro de esas vocaciones deben darse, como uno de sus ingredientes, las respectivas especializaciones profesionales.

Me parece absurdo reducir la vocación a la profesión. Y me parece también un contrasentido reducir la universidad a un puñado de compartimentos profesionales, en vez de hacer de ella una institución al servicio de las vocaciones humanas. Entiendo por vocación un modo peculiar de propender a la plenitud, un conjunto de estimaciones y preferencias que individualizan a las personas, un llamado a ser y a hacer que sólo el hombre siente. Lúcida clarificación de las vocaciones, dentro de la cultura, antes que capacitación profesional. No se puede cumplir la especialización profesional sin un previo descubrimiento de la vocación, sin la pléyade de valores que orientan una vida, sin advertir la misión personal, única, incanjeable, insustituible.

¿Cómo comprender el diálogo de las ciencias especiales con la sabiduría, sin el instrumental filosófico? Las diversas ramas de la ciencia forman un "corpus", un cosmos, un sistema articulado no por mero capricho o fantaseo, sino por íntimo requerimiento de su estructura.

Desde hace algunos años he propuesto la instauración de cátedras comunes a todos los estudiantes universitarios. Antropología filosófica, Ética profesional, Teoría política, Historia de la cultura; la

convivencia en las aulas, de técnicos y humanistas; el diálogo permanente entre las Facultades; la apertura a la filosofía.

Sé de sobra que hasta ahora vivimos bajo el imperio de una universidad profesional. Pero me parece que en el próximo futuro —si las cosas marchan bien— el centro de gravedad de la enseñanza universitaria se desplazará de la formación de profesionales y especialistas a la *formación superior de hombres*, a la *clarificación e impulso de las vocaciones*. No quiero decir que la tarea profesional de la universidad tenga que desaparecer. En buena hora —lo he dicho ya— que se enseñen profesiones y que se enseñen de la mejor manera, pero estas profesiones deben adecuarse a las vocaciones personales. Porque las profesiones —siempre las mismas— se imparten a hombres concretos con sus programas individuales de existencia. De ahí la importancia del plan de personalización del estudiante universitario. Hay que tomar en cuenta al estudiante como un individuo y no como número. Hay que saber quién es y qué es cada estudiante en sí mismo; de lo que es capaz, de sus problemas, de sus necesidades, de sus angustias y presiones, de sus complejos y posibilidades. ¿Por qué la universidad no le ha de ayudar al universitario en sus problemas emocionales, familiares, sexuales, estudiantiles, y económicos?. Las modernas técnicas psico-pedagógicas pueden conformar y valorar si el estudiante está bien orientado, si necesita algunas materias supletorias para sus estudios, si está adaptado a su medio social, si su inseguridad es de índole económica, si conviene que estudie tal o cual materia “a nivel elevado”.

El desarrollo socio-económico de los pueblos requiere necesariamente de la investigación científica y tecnológica. No se trata de un lujo, sino de una necesidad. *Al estado le corresponde realizar una política de la ciencia. Pero la ciencia tiene su propia autonomía y su propio valor*. Es universal, aunque sus cultivadores no carezcan de características nacionales. Más que por la certeza de sus resultados, se distingue por sus métodos y sus fines. *Marcha por un continuo proceso de hipótesis, rectificación y nueva conjetura*. No siempre el conocimiento se traduce en inventos técnicos y realidades prácticas. Cuando a Faraday le preguntaron cierto día, cuál podría ser la utilidad de uno de sus descubrimientos, contestó con altivo desdén: ¿Es que se pregunta cuál es la utilidad de un niño recién nacido? Hoy estamos un tanto distantes de aquella “ciencia por la ciencia”. La ciencia, como toda otra actividad humana, está al servicio del hombre. Las investigaciones aplicadas pueden conducirnos a importantes

descubrimientos teóricos. Estamos considerando, por supuesto, la investigación en el campo de las ciencias naturales. Después hablaremos de la investigación en el área de las humanidades y de las ciencias sociales.

Suele distinguirse la *investigación básica o fundamental pura* (conocimiento del universo y descubrimiento de nuevos campos de investigación, sin sujeción a programa impuesto y sin fin práctico específico), de la *investigación básica orientada* (sector predeterminado de la ciencia), de la *investigación aplicada* (objetivo práctico) y de las *operaciones de preparación técnica* (adaptación sistemática de los resultados de la investigación sistemática a la producción industrial).

El lugar más adecuado para la investigación es la universidad. Importa que el estado consagre, en la medida de sus posibilidades, una parte de sus recursos económicos a la investigación. Los países más avanzados dedican normalmente más del 1% de su producto nacional bruto a la investigación. Si se recorta la libre iniciativa del investigador, se obstaculiza el avance del saber. Sobre todo, en la esfera de la investigación pura.

Si la cultura y las profesiones no estuviesen en un estrecho contacto con el incesante fermento de la investigación, la universidad se anquilosaría muy pronto. Nada sería la enseñanza superior, si no tuviese hincadas sus ávidas raíces en el suelo nutricio de la ciencia. La investigación dignifica a la universidad y la salva de caer en las redes de una mecánica ciega.

Partiendo de nuestra fidelidad a las mejores esencias universitarias, podemos, por el espíritu de la investigación, henchir de posibilidades y de realidades a nuestra *Alma Mater*, que se renovará en nosotros y en las generaciones que nos sucedan.

## 9. Bases para la reforma universitaria

Atomísticamente desparramada en un puñado de escuelas dispersas, la universidad debe buscar:

1. la unidad orgánica del saber, la implantación de materias comunes verdaderamente universales, —Antropología filosófica, Teoría política, Ética profesional, Historia de la cultura o Raíces

de la civilización contemporánea— la apertura a los fundamentos filosóficos;

2. debe fomentarse el diálogo interdisciplinario, que es más amplio en la facultad que en el departamento, pero que debe sobrepasar ambas unidades académicas. Por ejemplo, en materia de educación, hay que hacer que dialoguen el pedagogo, el filósofo, el jurista y el historiador;
3. hay que instaurar la departamentalización, sin abolir las facultades;
4. el verdadero profesor universitario tendrá que ser el profesor—investigador. Cabe exigir investigaciones originales, sin caer en burocratismo. Ninguno de los tipos de investigación —pura, básica orientada, aplicada— puede ser ajena a la universidad. La universidad ha sido, es y seguirá siendo el lugar más adecuado — aunque no el único— para la investigación. En todo caso, es ella la que forma a los investigadores. Si se recorta la libre iniciativa del investigador, se obstaculiza el avance del saber. Sobre todo, en la esfera de la investigación pura. Si la cultura y las profesiones no estuviesen en un estrecho contacto con el incesante fermento de la investigación, la universidad se anquilosaría muy pronto. Nada sería la enseñanza superior, si no tuviese hincadas sus habidas raíces en el suelo nutricio de la ciencia. La investigación dignifica a la universidad y la salva de caer en las redes de una mecánica ciega. Debe fomentarse el tipo de investigación que realiza la universidad, que es el de *investigación media*. La *gran investigación* la realizan los institutos gubernamentales: Instituto Max Planck, Instituto Rockefeller, Instituto Pasteur, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y los consorcios de universidades;
5. reforma de la primera y de la segunda enseñanza;
6. estudios selectivos, al lado de cursos básicos, para que germine la personalidad, para que florezca la vocación incanjeable;
7. bibliotecas ágiles que permitan seguir el movimiento actual de las ideas en las diversas disciplinas científicas. Laboratorios, aparatos, clínicas, observatorios y colecciones científicas debidamente organizadas y suficientes;
8. becas para estudiar posgrados en el país y en el extranjero;

9. desarrollo de los estudios pedagógicos para preparar debidamente el profesorado universitario. Los seminarios pedagógicos de Alemania pueden servir de ejemplo;
10. salarios decorosos que permitan vivir de la investigación y de la cátedra;
11. solución al problema de la disciplina;
12. educación integral y armónica, despertando en el alumno el sentido del ideal;
13. función social de la universidad como factor de transformación cultural;
14. universidad abierta en la sociedad de masas;
15. necesidad de la educación permanente y recurrente en la *ciudad educativa*;
16. planeación científica y administración prudencial y eficaz del sistema universitario.

La autonomía universitaria es, tan sólo, un punto de partida, un medio para la reforma universitaria. Autonomía académica, autonomía administrativa, autonomía legislativa y autonomía económica —si se pudiese— permiten a la universidad enseñar, investigar, difundir la cultura, darse sus propios reglamentos, organizarse, funcionar y aplicar sus recursos económicos en un plan adecuado y libre. Libre de interferencias estatales y de cualquier otra presión de grupo. La autonomía puede ser socavada desde afuera o desde dentro. No basta que esté consagrada en el papel. Es preciso luchar por ella, preservarla.

Cuando un estudiante ingresa a la universidad, es de suponer que sabe, por lo menos, leer un libro y darse cuenta de lo que lee. A la universidad viene a perfeccionar los hábitos mentales de trabajo y reflexión, a realizar el aprendizaje de un método, a aumentar sus conocimientos sobre materias concretas, a formar su personalidad ética. Se trata, fundamentalmente, de un trabajo dirigido con vistas a una formación metódica. El contacto entre maestro y alumno es indispensable en la universidad. ¿Cómo fomentar, de otra manera, el desarrollo espiritual del educando? En este sentido, los llamados “estudiantes libres” y los estudiantes por correspondencia no son auténticos estudiantes universitarios.

Todo lo que sea acabar con la inestabilidad, la incomprensión del ambiente y la falta de medios para la investigación, es labor universitaria

positiva de primera magnitud. Menester es que los dirigentes universitarios incorporen existencialmente la valiosa finalidad de la investigación humanística y científica desinteresada. Al principio de la autoridad dogmática hay que oponer el principio de la libertad de buscar, exponer y examinar la verdad. De la armoniosa cooperación entre los filósofos, los humanistas y los hombres de ciencia depende, en gran parte, la fraternidad y la paz de las naciones. Y más allá de la investigación local y de la investigación nacional está la colaboración internacional.

## 10. Universidad y sociedad

La universidad puede distanciarse de la sociedad por no adaptarse a la realidad dinámica y progresiva, por no superar el conservadurismo a ultranza o por profesar un progresismo delirante. La universidad puede y debe transformar la sociedad de la cual surge, apuntando soluciones económicas, políticas y sociales. Trátase de una función orientadora.

Cuando la universidad funciona bien se convierte en la mejor conciencia de la sociedad en que vive. La extensión universitaria prolonga en el pueblo la acción de la universidad. La falta de asistencia económica a la universidad redundaría directamente en el perjuicio de ésta e indirectamente en perjuicio de la sociedad. Universidad y sociedad deben hermanarse, más allá de la técnica, en una fe común en el hombre para acelerar el proceso de desarrollo —mejoría personal y social— dentro de la paz, la seguridad, la justicia y el bien común.

## 11. Estructura y misión de la universidad abierta

El auténtico proceso de promoción humana en los países subdesarrollados, sobre todo, requiere de la universidad abierta para ayudar a desarrollar las facultades y potencialidades personales. Entiendo por educación no formal la actividad educacional, sistemática y organizada, ejercida extra-escolarmente, para proveer tipos específicos de aprendizaje, a bajo costo y para subgrupos particulares de la comunidad. La universidad abierta comprende o compensa la universidad formal en un contexto situacional, ante un gran número de educandos en los lugares en que habitan y trabajan. Se orienta hacia las iniciativas locales y comunitarias, posibilita llevar el aprendizaje a la

práctica, lleva a la educación a personas a quienes no alcanzan las universidades presenciales y formales, imparte educación al menor costo posible, conduce hacia objetivos educacionales más prácticos y con mayor vinculación al contexto socio-económico de los destinatarios. Los mensajes universitarios se transmiten a distancia, gracias a los nuevos instrumentos de comunicación social, sin un *feed-back* inmediato.

La pedagogía ha reforzado sus aspectos científicos, mediante un conjunto de ciencias conexas— psicología, antropología, cibernética, lingüística— que requieren, por parte de los maestros o monitores, más arte que ciencia al ser aplicados en los educandos. Al definir la nueva pedagogía —que propiamente debiera llamarse andragogía como el sentido del proceso cultural que busca la eclosión y el desarrollo de todas las virtualidades del ser, hemos vuelto al sabio imperativo de un antiguo poeta griego: “Llega a ser lo que eres” (Píndaro).

*La andragogía contemporánea enfoca al hombre como organismo inteligente que actúa en un medio social. Se trata de que aprenda a aprender. Se trata de capacitarle para la propia y permanente actualización educativa.* El desfase de los currícula escolares frente a la realidad del mundo actual; los nuevos medios tecnológicos que flexibilizan contenidos, programas y métodos; las demandas de desarrollo global económico-social de los países acapara la atención de pedagogos y educadores. El teleeducador no substituye la pedagogía del encuentro, pero sí libera al educador de algunas tareas agobiantes en una sociedad de masas. En todo caso, *importa recordar siempre que la sabiduría es más importante para la plenitud de hombres y pueblos que la ciencia.* Se inicia un movimiento de los universitarios de avanzada hacia una solidaridad y una cooperación educativa internacional.

## 12. Significación y sentido de la educación permanente

En la base de la educación permanente está la desformalización de las estructuras tradicionales. Se concibe la educación como un continuo existencial que nos acompaña desde la cuna hasta la tumba. Es preciso conciliar la educación general y la capacitación técnica.

Para eso se requieren instituciones universitarias de vocación múltiple abiertas a los adultos, al reciclaje periódico, a la especialización y a la investigación científica. Mientras la educación recurrente postula la alternancia entre estudio y trabajo, sin suprimir el sistema escolar, la



educación permanente ofrece la cultura durante toda la existencia humana, como proceso de una formación integral no escolarizada que se extiende a lo largo de la vida.

### 13. Planeación y administración del sistema universitario

La vida universitaria marcha, ineludiblemente, por 3 fases que se repiten periódicamente: 1. Síntesis de la evolución institucional y del estado actual para concluir con el enunciado de pautas que seguir; 2. Distribución del modelo seleccionado para planear la educación superior con sus consecuentes estrategias para implantar; y 3. Esquemas indicativos para los programas de realización próxima, relacionados con la estructura y la misión de la universidad en su afán de consolidarse.

La planeación es la realización constante y comunitaria de previsión, en el proceso integrado de tomar decisiones basadas en informes fidedignos que impactan el porvenir. *Cabe hablar de una planeación científica cuantitativa, financiera y curricular.* Para ello, es preciso la medición sistemática de los hechos, la separación de lo incidental, la formulación de una teoría explicativa y la verificación de la misma, evitando ideas preconcebidas. Entre la planeación acomodaticia y la planeación utópica, *yo me he permitido proponer la planeación prudencial.* Sistemas y subsistemas universitarios de recursos humanos (planeación, selección e integración, capacitación y desarrollo, notificación, control de personal, administración de sueldos) no pueden ser soslayados por la actual teoría de la universidad, pero nunca olvidemos que recursos humanos y planeación universitaria se integran, finalmente, en una filosofía de la planeación e información del recurso humano en las instituciones de educación superior. El sentido final del sistema universitario del recurso humano es la dialéctica de la promoción —y no de la destrucción— del hombre con sensibilidad comunitaria y con destino trascendente.

### 14. Universidad prospectiva

Vivimos en un mundo que cambia, y que cambia rápidamente. Movilidad de individuos, de masas, de situaciones. Tenemos cada vez

menos necesidad de peones y más necesidad de inventores. Y la enseñanza superior debe promover inventores, auspiciar la investigación fundamental. Los saberes se desgastan y se quedan más anticuados aún que las propias máquinas. Los médicos de 70 años, por ejemplo, que no poseyeran más que los conocimientos adquiridos en la Facultad de Medicina de su época, no conocerían ni las sulfamidas, ni la penicilina, ni los antibióticos, ni los transplantes de corazón, ni los radioisótopos, ni múltiples y nuevos medios de diagnóstico o de terapéutica. Por eso, es preciso ofrecer una educación que forme hombres con criterio científico y no una simple ciencia epocal que caducará irremisiblemente. “Nadie se hace investigador —apunta Gastón Berger— escuchando conferencias, ni siquiera manipulando a solas en un rincón del laboratorio, sino viviendo en contacto con los hombres que saben inventar o descubrir. En la amistosa familiaridad del laboratorio es donde se aprenden procedimientos, se descubre la eficacia de los métodos y por encima de todo, se adquieren las cualidades morales que forman el espíritu científico”.

Necesitamos, en otras palabras, una investigación abierta y continua. Sólo el tipo de investigadores abiertos y flexibles puede adaptarse a la movilidad del mundo en que vivimos.

No se trata tan sólo de prever el futuro, sino de construirlo. La universidad debe promover una enseñanza superior —docencia e investigación— abierta, activa, “prospectiva”. Nada puede hacerse sin valor, sin lucidez y sin entusiasmo. Aunque el mundo cambia, el hombre continúa.

La aceleración de la historia es algo más que una crisis. Sin una antropología prospectiva no cabe preparar a los universitarios para las circunstancias y las situaciones en que puedan verse emplazados. Con muy buen sentido, nos dice Berger que “La universidad no es un fin en sí misma. Está hecha para la vida y es preciso que los estudiantes pasen por ella para desembocar en la existencia, que se desarrollará fuera de las aulas de prácticas”<sup>2</sup>. Importa más la educación que la instrucción. Las preparaciones estrechamente especializadas caducan en unos cuantos años. El atiborramiento intelectual es un despropósito. Lo que cuenta es la tranquilidad en el dominio de las técnicas, la imaginación creadora como fuerza propulsora y como virtud vital, el espíritu de equipo —

<sup>2</sup> BERGER, Gastón, *Universidad tolerancia y política*. Ed. Cid. Madrid, p. 59–60.

conjugando libertad y coordinación-, la aceptación valerosa de los riesgos y el espíritu de iniciativa. En la universidad, no hay que olvidarlo, se inventa –o debiera inventarse– y se enseña a inventar. En ella nacen, se experimentan, se concretan y valorizan las vocaciones.

Casi la totalidad de la investigación fundamental se realiza en las aulas universitarias. De no ser por esta investigación fundamental, la investigación aplicada –polarizada por el fin concreto que persigue– moriría rápidamente. Para renovar todo un dominio del saber, se requiere una investigación pura más allá de un estrecho utilitarismo. Se necesita la invención a todos los niveles. El ingeniero y el empresario, el capataz y el técnico pueden realizar invenciones. Los inventos no van contra la naturaleza, sino a favor del hombre.

La nueva medicina, o el radar del piloto, el *jet* y la televisión a colores expresan la potencia del hombre y se instituyen en su beneficio. Pero son los humanistas quienes confeccionan la tabla de los valores, y ordenan, en lo posible, su jerarquía. Hoy se habla de un “humanismo técnico”. En un mundo fascinado por la técnica, el sentido de lo humano resulta más indispensable que nunca. En este sentido, la investigación humanística tiene una indubitable primacía, puesto que los más graves y decisivos problemas son los que plantea el propio ser humano. Las humanidades no son una simple posición de un vasto saber, ni la pura erudición, ni la brillante retórica, ni el simple conocimiento de las lenguas clásicas. Las humanidades nos brindan el sentido de lo humano o no son humanidades. Legítimamente no cabe oponer el universo de la técnica al universo de la cultura.

Al hablar de humanismo universitario no queremos referirnos, primordialmente, a los bachilleratos humanísticos y a las carreras humanísticas. El humanismo universal no es exclusivo de la cultura clásica ni de la cultura moderna. Trasciende a todas las culturas, aunque se nutra de ellas, y aspira a la realización de un tipo humano ideal. No hay razón alguna para que se prive al ingeniero químico o al biólogo, por ejemplo, de una visión en que prevalezca el hombre sobre la naturaleza, el espíritu sobre la materia. Hay rasgos comunes esenciales en los grandes modelos de humanidad: grandes escritores, santos, héroes, artistas eminentes, pensadores egregios... Y esos modelos de humanidad nos ayudan a reconocernos y a comprendernos mejor.

## 15. La universidad contemporánea a la búsqueda de ella misma

La universidad está en crisis. Pero crisis quiere decir simplemente transformación, cambio profundo, revisión a fondo de viejos moldes y estructuras. La novedad de las circunstancias presentes pueden resumirse en 1) acrecentamiento de la masa del saber –descubrimientos, nuevas especializaciones–; 2) acrecentamiento de la masa de estudiantes (en el transcurso de una vida humana, el número de estudiantes se ha duplicado, mientras que la población sólo ha aumentado en un 25%). Se requiere más tiempo para formar un profesor de facultad que un estudiante.

Es preciso organizar técnicas masivas de enseñanza: trabajos en equipos y lecturas dirigidas en los primeros años y en los años superiores, acrecentar la parte del trabajo individual y restringir la lección magistral. Pueden y deben establecerse circuitos diversificados. Los primeros, más cortos y dirigidos a los mejores estudiantes; los otros, al gran número.

## 16. La investigación en un mundo que cambia aceleradamente

Los saberes se desgastan y se quedan más anticuados aún que las propias máquinas. Es preciso una educación que forme hombres de ciencia y no una simple instrucción que depara conocimientos de la época. Hay que inventar y enseñar a inventar o descubrir la verdad. Es preciso estimular la imaginación creadora. Todo ello sobre la base de una antropología prospectiva y de una universidad dinámica. El paso por las aulas universitarias no es, no debe ser, un episodio pasajero. El universitario lleva la marca de su *Alma Mater*, la conciencia de que el saber adquirido en la universidad tiene una función social e importa responsabilidades ineludibles e indelegables. Hagamos votos porque los universitarios no caigamos en la desilusión y en el vacío. Que persista, por encima de todo lo episódico, esa noble pasión de universitarios. Que nuestra universidad sea como una antena de oro, enhiesta y sutil, cuyo ápice capte y transmita las más delicadas vibraciones de la cultura universal.